

## “El odioamoramiento”

*Marita Hamann*

*Analista Practicante (AP) de la Nueva Escuela Lacaniana (NEL Lima).  
Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis.*

Cuando hablamos de amor y de odio hablamos de las pasiones del ser; decimos que son pasiones del ser para distinguirlas de las pasiones del alma, que responden a un concepto diferente y respecto de las cuales Descartes hizo un tratado. Las pasiones del alma son algo así como los estados del humor más o menos constantes en su sujeto. En ese sentido, son afectos que no guardan relación con un otro específico, con el semejante, sino que son modos de relacionarse con lo que sucede en uno mismo, digamos. Las pasiones del ser, en cambio, se distinguen por estar en estrecha relación con un otro, con alguien en especial, y se desatan ante esa presencia. Puede decirse que son tres: el amor, el odio y la ignorancia.

Estas pasiones, que llamamos del ser, se caracterizan porque imponen una acción sobre el sujeto, que requiere del otro para colmarse o para calmarse. Además, tanto el amor como el odio se sostienen en una certeza, una certeza que se apoya en los efectos que esas pasiones producen sobre el cuerpo. La pasión amorosa, tanto como el odio, no son ideas ni pensamientos solamente; en lo principal, son sensaciones que se padecen en el cuerpo; de allí precisamente la certeza que producen.

Entonces, una pasión, en general, es ante todo algo que sucede en el cuerpo. Cuando se dice por ejemplo “la pasión de Cristo”, se alude al sufrimiento de Cristo en la cruz y cuando los místicos entran en relación con eso, padecen los estigmas de la crucifixión, lo que les da la certeza gozosa, por cierto, de estar en relación con Dios.

Visto así, la pasión es algo que eventualmente se desborda en el impulso de ir a buscar aquello que falta, es decir, aquello de lo que se padece en el ser. Son pasiones del ser porque están en relación a una **falta de ser** en el sentido de la incompletud, evocan la falta de completud, la falta de ser del sujeto. Esto no quiere decir debilidad, ni insuficiencia, ni baja autoestima. Si los seres hablantes se relacionan con otros es porque algo del orden de la falta está siempre en juego y que la realización del propio ser no puede prescindir del lazo con otros; en consecuencia, ninguno de nosotros está libre de pasiones.

Jacques Lacan acuña la palabra *odiamoramiento* porque le parece más precisa que aquella de ambivalencia. Ambivalencia es una palabra ambigua que parece querer decir que en todo vínculo hay una suerte de equilibrio entre el amor y el odio, y que ambos conviven. No es necesariamente así porque cuando se ama se ama y, especialmente, cuando se odia no se ama. Pero es verdad que no hay amor que no suscite eventualmente el odio y que el odio pueda ser la otra cara del amor, una cara que puede surgir y desbordarse. Es como dice nuestro vals: “... pero ten presente, de acuerdo a la experiencia, que tan sólo se odia lo querido”.

De todos modos, no es seguro que se trate de sentimientos que estén en el mismo nivel aunque guarden relación. Freud había dicho, en 1915, que el odio era más primitivo que el amor. Se refiere a que se odia, en primera instancia, a lo que produce dolor; en un sentido amplio, esto implica que el odio puede

quedar ligado a aquello que viene a perturbar una cierta homeostasis, un equilibrio interno, tanto desde el mundo exterior como desde el interior mismo. Los propios deseos son requerimientos internos que obligan a una cierta acción, a un movimiento. Frente a esos deseos el ser humano se siente muchas veces desvalido e incapaz de satisfacerlos por sí mismo y por ese motivo puede preferir apartarlos de sí todo lo más que le sea posible.

Aparentemente, entonces, se ama lo que va en el sentido del placer, lo que se conoce y es afín; sin embargo, no es del todo así. Se ha dicho mucho acerca de las condiciones narcisistas del amor pero lo cierto es que no todo en el amor sexual es narcisista.

Es verdad que hay amor cuando hay una cierta comunidad inconsciente, que se ama el saber inconsciente del otro porque se le supone un saber acerca del propio ser; es decir que cuando hay amor, se supone que la pareja sabe acerca de uno, de quién es uno y de aquello que uno tiene o que uno es que le permite ser amable para otro. Esta especie de saber es lo que hace difícil que las parejas se separen aún cuando peleen, hay alguna certeza acerca de que la pareja sabe cómo es uno, sus defectos, sus debilidades, sus temores, sus más secretos deseos, lo que le gusta y lo que le disgusta. Pero en el amor sexual también hay la necesidad de preservar el lugar del otro como diferente de uno, especialmente, la diferencia sexual de la mujer, y esto es válido para ambos sexos. Vale decir que, para sentir que se ama a alguien del otro sexo, algo de la mujer debe mantenerse como diferente. Cuando se es hombre, se ve en la pareja lo que él mismo usa como soporte narcisista, pero eso no impide que se perciba, en algún momento, que ella, además, parece gozar de un modo distinto, que no necesariamente todo aquello de lo que ella goza pasa por las satisfacciones que un hombre puede ofrecer a una mujer. Esto, que hace que se despierte la pasión amorosa, es también la razón misma por la que el odio puede levantarse: precisamente porque en eso del goce del otro que se le escapa, hay un cuestionamiento del ser, el encuentro con algo que no se termina de poseer y que, a fin de cuentas, puede resultar amenazante o cuestionador respecto de su valor como hombre, por ejemplo.

Bien visto, en realidad existe más de una razón para que el odio emerja. Veámoslo más detenidamente.

Una primera razón responde al hecho de que no todo lo que provoca el goce puede ser absorbido ni dominado en la relación de pareja. En el plano sexual más concretamente, el goce femenino no pasa enteramente por el goce fálico, como un hombre quisiera que así fuese. Es por eso que se dice que la mujer es Otra o que es el Otro sexo. La sexualidad fálica no tiene para la mujer la misma primacía que para el caso del hombre. Esto de lo que ella parece gozar, más allá de él, es desconcertante y puede producir el odio, el deseo de aplastar la diferencia.

En el caso del amor sexual esto se presente de manera paradójica puesto que, por un lado, ambos requieren percibir que el otro es diferente, que hay Otro sexo y, sin embargo, este hecho mismo evoca lo que es inatrapable.

En un nivel más profundo, en el que está concernida la humanidad toda, el odio se dirige a aquellos que se satisfacen de manera diferente, de manera inalcanzable, es decir, hacia el extraño, por cuanto se supone poseedor de un modo muy particular de goce al que no se muestra dispuesto a renunciar, sea que se llame a eso estilo de vida, costumbres, gustos, etc. Es decir que se presume que existe **un** modo ideal de

vivir y que no se soporta que otros no compartan ese mismo ideal. De allí el rechazo por el semejante que pertenece a otra cultura, por ejemplo, y también la causa de que un pueblo o un grupo social pretenda oprimir a otro.

El problema del matrimonio o de las parejas que tienen varios años juntas surge precisamente por esta tendencia a forzar la semejanza, a aplastar la alteridad. Pero allí es cuando un hombre, por ejemplo, empieza a desear a Otra, a la que mujer que no se tiene. Eventualmente, también es cuando la mujer se busca un amante, para sentirse Otra en la relación con un hombre. El gusto de las mujeres por los secretos responde a su vez a esta necesidad de preservarse como diferente y no sólo como el objeto de la satisfacción del marido. Por eso en el amor no todo es narcisismo, no se quiere al otro sólo porque es como yo, semejante a mí.

Pero lo cierto es que hay además otras razones para la hostilidad entre los sexos. Los hombres pueden odiar aquello de su mujer que no se complace enteramente con él, como dijimos, o pueden despreciarla cuando la sienten enteramente parte suya y a su disposición. Pero también puede haber hostilidad en las mujeres hacia los hombres porque, en muchos casos, la relación que mantienen con el marido se apoya en la transferencia que ellas hacen sobre él de la demanda insatisfecha que como hijas dirigieron hacia sus madres. Madres e hijas tienen, muchas veces, una relación muy tormentosa. La hija siente que la madre no le ha dado lo que a otros, no la ha querido ni valorado como a sus otros hijos o al padre, no la ha reconocido plenamente como otra mujer sino que, a veces, inclusive, la ha considerado su rival. Este reproche que circula muy a menudo entre madres e hijas se orienta ahora al propio marido. Entonces, ella dirige a su pareja una demanda análoga a la que le hiciera su madre y vuelca la relación hacia el mismo tipo de conflictos que guardaba con ella. Espera que él la constituya como lo más amado, como “La” mujer, la única que cuenta. En vista de que hay algo en esta demanda que es imposible de satisfacer y que, por otra parte, cuando él la hace su mujer la hace parte de él mismo, ella no cesa de dirigirle una serie de reproches. Por eso había comentado Freud en su momento que, pareciendo ser la relación entre la madre y el hijo la más perfecta, la que menos odio es capaz de suscitar, a veces la relación de pareja sólo puede discurrir en una cierta armonía cuando la mujer logra hacer de su esposo su hijo. Desde luego esto no es siempre así y los hijos pueden atentar violentamente contra una madre cuando ésta pretende acapararlos para sí misma o hacer de ellos una imagen a su completa satisfacción y disposición.

Por otra parte, tampoco la relación entre los semejantes está excluida de la rivalidad, de la tensión agresiva y ello es algo que también guarda relación estrecha con el amor. El otro del amor está construido como lugar de la verdad, un lugar crítico del que depende la propia estima, entonces, nuevamente, no es una relación simétrica. Es a esto a lo que nos referíamos hace un instante con esa especie de saber sobre el ser que se supone al que se ama. Pero es lo que explica, por otro lado, esa especie de dependencia respecto del otro de la que algunos se quejan y que otros critican. No se trata, como vemos, de una “dependencia infantil”, como se juzga a veces muy rápidamente, sino que se ama a alguien precisamente porque encarna un cierto ideal, es decir, que se ve al otro como poseedor de algo valioso y uno quiere constituirse como un ser igualmente digno de poseerlo.

En el amor, el sujeto entra en relación con la falta de un objeto en sí mismo, falta que es más crudamente percibida cuando el otro está ausente. Desde este punto de vista, el otro que es el objeto de su amor, lo contiene. Por eso lo ama, pero también por eso es ambivalente, porque la presencia de ese otro que ama, lo coloca en falta. El sujeto está dividido en su demanda de amor hacia el Otro.

Además, en general, se es ambivalente respecto del deseo: se lo quiere y no se lo quiere. Es la clínica del obsesivo por ejemplo: el deseo es lo que le hace perder el dominio de sí mismo y también lo que refleja ese dominio en términos de potencia; pero, como no alcanza esa potencia percibida, como no se logra ser frente a lo que se desea un sujeto de pleno dominio, se siente reducido a la impotencia, a ser el juguete del deseo del Otro. Así sostiene un deseo al mismo tiempo que lo rechaza. A menudo los hombres dejan pasar a las mujeres que más les convienen, las que desean, precisamente para no enfrentarse a esta pérdida de dominio. Ellos a veces se lamentan de eso después, cuando es tarde. A veces también las mujeres lo saben y lo dicen: “yo se que me quiere aunque no lo admita”; y es así, es verdad que él no está dispuesto a admitirlo.

Es por un camino semejante que resulta que aquello que se desea., lo que hace deseable al otro, eso mismo quisiera arrebatarle, para deshacer la atadura.

Habíamos dicho que en el amor el sujeto entra en relación con la falta de un objeto en sí mismo, entonces, anhela poseer a ese otro, que sea enteramente suyo. Por eso no es seguro que en el amor se quiera siempre el Bien del otro; a partir de un punto dado, se quiere algo en el otro más allá del otro mismo, se quiere arrebatar eso del otro que no se atrapa. Todos sabemos que en nombre del amor, por el supuesto bien del otro que se apoya en el amor que se le profesa -y que además se considera que debe ser mutuo y equivalente- se imponen al otro una serie de condiciones o de mandatos. Quiero decir, en nombre del amor uno también pretende imponerse sobre el otro y someterlo a la propia voluntad. Es por eso que aquí no se trata muchas veces del bien supuesto del otro sino que éste es el pretexto para defender el bien propio.

El problema de la relación dual es que la diferencia del otro me excluye. En el deseo de ser amado hay un intento de surgir para el otro como aquello de lo que el otro no puede prescindir, ser lo que le hace falta al otro para ser feliz. Efectivamente, no hay amor sino cuando se cede al otro esta falta, es decir, cuando uno no puede reconocer ante otro “tu eres lo que me hace falta”. Por el deseo de ser amadas las mujeres pueden estar dispuestas a todo. Y la demanda de amor por parte de una mujer, así como aquello que una mujer es capaz de dar, puede no tener límite. Es por eso que se dice que a veces están locas. Es la intensidad de la demanda de amor femenina lo enloquecedor. Pero, por su parte, los hombres suelen ser brutos, en el sentido de que a veces se complacen en el hecho de que se posee a una mujer que es el objeto de su satisfacción y, puesto que la tienen, “continúan su vida”, se interesan por el fútbol, la política, miran televisión, etc. Ignoran que es a partir de su mujer que obtienen su aplomo y su tranquilidad. El conflicto surge cuando no se habla con la mujer lo suficiente. Las mujeres necesitan que les hablen porque, cuando uno le habla a otro, aunque sólo hable de sí mismo, muestra al otro de qué modo su vida está concernida por algo que no se alcanza o que se desea. De una manera o de otra, cuando se habla, se muestra lo que se desea y por ende, lo que hace falta.

Entonces, el deseo de ser amado se satisface cuando uno siente que es aquello que le falta al otro, esto quiere decir que, en parte, se ama también la falta que uno supone que le hace al otro, es la vertiente narcisista, justamente. Cuando el deseo de sentirse amado no está satisfecho, se arremete contra el otro para sacarlo de su supuesta completud; es un intento de agujerearlo a como de lugar, para poder abrir en ese otro un surco a partir de lo cual ingresar en él. Si el otro está competo, no habla y parece satisfecho, no hay entonces lugar para uno. Esto puede provocar el impulso malsano de castrarlo, de herirlo. En el otro extremo, cuando un hombre cree ocupar el lugar de Dios, es decir, aquello con lo cual su pareja se satisface plenamente, no hay odio, pero tampoco, verdaderamente, hay amor. Ello nos permite apuntar a otro aspecto

del odio. Cuando se injuria al otro, cuando se arremete contra él, no siempre se está equivocado. Hay también en el odio, cuando no rebasa ciertos límites, algo que es una suerte de pasión lúcida, que parece adivinar de qué pie cojea el otro. Es en este sentido y sólo en esa medida, que tanto el amor como el odio se deslizan en un plano del saber inconsciente respecto del ser del otro.

En resumen, hemos visto el odio desde varios ángulos. Primero, como pasión de origen, como rechazo de lo ajeno, de lo extraño, de lo que perturba la supuesta completud. Luego, como odio celoso, que se dirige a esa imagen ideal del otro en que ese otro, siendo mi semejante, parece gozar de algo que no alcanzo ni poseo; el odio al goce supuesto del otro es el “celos-goce”. Por ese objeto que le adjudico se constituye mi deseo; sin embargo, eso mismo me impulsa a querer arrebatarlo. También porque no termina de darme aquello que yo busco en él. Y cómo podría si lo ignora.

Por otra parte y en un plano más general, a veces la felicidad del otro puede ser detestable, así que, como se suele decir, es mejor no mostrar mucho aquello con lo que uno está satisfecho o complacido. Nos van a bajar del carro en cuanto sea factible.

Además, está el odio del ser del otro; si le supongo al otro un saber más perfecto, lo admiro y lo odio en la medida en que ese saber me cuestiona, evoca mi incompletad, me hace ver débil y carente, insuficiente. Este ha sido el destino, así como el del odio celoso, de todos aquellos que han destacado en la humanidad. No es asunto fácil soportar la superioridad del otro en algún terreno.

Pero el odio más profundo y mortífero es el que se vincula a la pulsión, a lo que resta como imposible en la satisfacción, esa imposibilidad tan humana de alcanzar una satisfacción completa de una vez y para siempre. Este odio, en la medida en que guarda una relación estrecha con el goce, es precisamente el que la pasión sexual suscita.

En su versión más ajustada, la verdad del odio es la pasión de lo inalcanzable y su raíz es el odio de sí mismo, de lo que se percibe como debilidad para gozar de la vida; sin embargo, si de una debilidad se trata, no es más que de la debilidad inherente a todo ser humano frente a lo imposible del goce sin límite. Odia el que se siente expulsado del paraíso; no por casualidad el mal adquirió su figura en el que fuera expulsado del cielo.

Algo de lo expuesto en relación al odio tiene su correlato en el amor. Está el amor al otro que encarna una imagen ideal, el amor al saber del otro sobre el propio ser, a la comunidad inconsciente que se comparte con él, y el amor que “alma”. Tal como se expresa el psicoanalista Jacques Lacan, hay algo en el amor que es *almo*. El alma es eso que se ha supuesto que los seres humanos tienen, pero que escapa al mundo terrenal; es lo que se salva de los embates de la vida y es también lo que puede tener paciencia y mostrar entonces cierta inmunidad frente a las miserias. El amor, cuando es *almo*, “yo *almo* en ti el alma que me alma”, quiere decir que en el amor se crea la esperanza de poder soportarlo todo juntos y salir más o menos airosos de los dolores que la vida no deja de producirnos.

Todas estas son versiones del amor, hasta cierto punto complementarias. Y dan lugar tanto a la pasión amorosa como a aquello que mantiene unida a una pareja. Sólo que en sí mismas, estas versiones del amor no son necesariamente sexuales, es quizás eso lo que le permite decir a Borges “no nos une el amor

sino el espanto”. Cuando el goce sexual está planteado, el odio provocado por ese goce que no se termina de atrapar de una vez y para siempre puede emerger y es cuando las relaciones pueden volverse violentas, opresoras o aburridas. Es decir que, cuando se ha tenido éxito en aplastar la diferencia del otro, cuando se ha conseguido hacer imaginariamente de dos uno, también se deja de amar en el sentido sexual. Ya no son un hombre y una mujer y ahora la relación puede sucumbir al odio o al tedio. Ello no implica que la pareja se separe, aquí es cuando la relación se sostiene en un vínculo simétrico -el otro es una parte de mi mismo a la que no estoy dispuesto a renunciar, habremos de padecer juntos-, y, así, las cosas pueden durar mucho tiempo.

Esto último nos permite decir algo sobre una de las pasiones del alma: el malhumor. No siempre el malhumor es un rasgo criticable del otro. Si pudiésemos trazar alguna línea de continuidad, el malhumor se situaría en el otro extremo de la beatitud. La beatitud guarda relación con la imagen de estar complacido con uno mismo, con la sensación de que nada hace falta; por eso, la beatitud es aburrida y genera hostilidad. El malhumor, por el contrario, es a veces el fruto de la percepción de que algo es siempre lo mismo, que las cosas se repiten en una monotonía insoportable o en una suerte de indiferencia desapasionada que no puede apoyarse más que en la ignorancia. Cuando la ignorancia aparece como una pasión del ser lo es justamente por su parentesco con la indiferencia; la ignorancia es algo como “de eso no quiero saber nada”, me quedo con mi beatitud, es una pereza antipática. El malhumor, por el contrario, quiere expresar, muchas veces, que no es eso de lo que se trata, que las cosas no son así, que hay algo que se escapa y que hay un malentendido, que no se llega a atrapar lo que cuenta, lo que tiene valor. Desde ese punto de vista el malhumor es también una reacción contra el tedio y refleja el querer salir de la repetición. Como pasión del alma, es válido cuando implica no culpar al otro por eso que no se atrapa sino hacerse cargo de eso real que se quiere cernir. Por eso el malhumor como pasión que constituye a un sujeto no es necesariamente ni el reproche, ni la queja, ni la demanda ni la insatisfacción, es búsqueda.

Para finalizar, no obstante lo dicho, sólo cuando hay amor se puede alcanzar un goce más satisfactorio y pleno. Eso porque sólo el amor permite crear esa ilusión de que se realiza efectivamente la relación sexual entre dos personas, que son el uno para el otro y que se goza de ese otro ser que, sin embargo, nos es ajeno. El amor, si se quiere sostener, habla y deja ser; tampoco es preciso que nos hablemos todo el tiempo.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- [1] Lacan, Jacques (1986). *El Seminario - VII La ética*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- [2] ----- (1981) *El Seminario - XXI Aún*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- [3] Laurent, Eric (2000). *Los objetos de la pasión*. Ed. Tres Haches: Buenos Aires.
- [4] Miller, Jacques Alain (1991). *Lógicas de la vida amorosa*. Manantial: Buenos Aires.
- [5] Tendlarz, Silvia E. (2002). *Las mujeres y sus goces* Biblioteca Colección Diva: Buenos Aires.